

Enrique y Roger observaban, presas de la sorpresa y una emoción contagiosa.

Vicente permaneció separado y sombrío.

Nehemías Jones envainaba con método los aceros, cuidadosamente limpiados.

Apenas comenzaba el segundo minuto cuando se sublevó Luis contra lo que él llamaba su debilidad. Secáronse bruscamente sus lágrimas, se separó de los brazos del anciano y su rostro recobró de nuevo aquella glacial frialdad que por tanto tiempo había conservado.

El primogénito de Penhoel había vuelto á ser el nabab Berry Montalt.

—¡Luis! murmuró el tío Juan, que no se apercebía aún de este cambio, ¡mi querido hijol ¿cómo has podido permanecer lejos de nosotros tantos años?

—Como ya no había asiento que yo pudiera ocupar en la casa de mi padre, dijo con amargura, he buscado la fortuna fuera de ella.

El tío Juan le miró, y entonces vió únicamente arqueadas sus cejas y su lábio levantado por el mas cruel sarcasmo.

—¿Por qué dices eso?

—Mr. Juan, interrumpió Montalt, durante veinte años se han pasado sin mí en Bretaña, y os juro que en ese tiempo tampoco yo he pensado en los que me olvidaban.

El anciano breton bajó la cabeza.

#### XIV.

#### FELICIDAD.

La emoción repentina é irresistible que se había apoderado en el bosque de Boloña de Berry Montalt, ó por mejor decir, del primogénito de los Penhoel, y que había arrancado la espada de sus trémulas manos, no duró mas que un minuto.

Estaba vencido por uno de esos irresistibles movimientos del corazón, cuyo ímpetu no puede destruir la voluntad humana. Todos sus proyectos de cólera y de venganza se habían desvanecido á la vez. Durante un momento tuvo Luis los ojos humedecidos por las lágrimas, y su corazón latió contra el pecho del anciano Juan.

—Acabemos, prosiguió Montalt; vuestras hijas están en mi casa; venid á buscarlas.

—¡Mis hijas! exclamó el tío Juan estupefacto; ¡las que yo llamaba mis hijas! Han muerto.....

—Viven, dijeron juntos Enrique y Roger.

—¿Será posible? balbuceó el anciano..... ¡Diana!..... ¡Elena!.....

—Son dos niñas graciosas y bellas, prosiguió Montalt en vez de responder. Deseo que no posean un alma tan ingrata como todos los que llevan el nombre de Penhoel.

El tío Juan no escuchaba ya; lloraba.

—¡Oh! ¡si supieras!... ¡Luis! quiso decir.

Montalt le interrumpió otra vez.

—Nada quiero saber, dijo. El cariño y el ódio cansan igualmente á los que se han hecho prudentes. Ni amo ni ódio ya.

Señores, añadió volviéndose hácia Enrique y Roger; estais interesados en todo esto; vuelvo á mi palacio; si quereis, seguidme.

Ninguna esplicacion se cambió entre ellos, y sin embargo, los jóvenes no dudaban ya. El mismo Roger olvidaba sus celos, admirándose de haber dudado.

Dieron un paso hácia el nabab.

Solo Vicente permaneció detrás.

—¿Y yo? dijo.

—¡Y el Angell! exclamó el tío Juan. Tienes razon, hijo mio; por Blanca de Penhoel he venido yo aquí.

—¡Blanca de Penhoell repitió el nabab; no conozco ese nombre.

Vicente se acercó á su vez.

—¿Estais seguro de ello? dijo, roja la frente y apretados los dientes. Milor, para negar es preciso que tomeis mejor vuestras precauciones. Afirmo que en la noche de ayer habeis hecho robar á mi prima Blanca de Penhoel.

—Vicente, replicó el nabab, estoy cansado y no tengo ya ganas de batirme. Podeis dirigirme esas audaces miradas impregnadas de ódio. ¡Valor! me obligais á reconoceros por mi sobrino. ¡Ah! ¡ah! joven, añadió con amargura, ¿cuántas veces deberé dar la vida por tí para tener derecho á tu gratitud? Valor, te digo, sobrino Vicente. ¡Llevarás cual corresponde el nombre de Penhoell

Y se dirigió al carruaje, que esperaba.

Enrique y Roger le seguian.

—Subid, les dijo.

Los jóvenes obedecieron.

La portezuela se cerró tras ellos. El tío Juan, que se dirigia tímido y triste, subió en el fiacre con Vicente.

Los otros dos carruajes emprendieron el camino de Paris.

Montalt y sus dos compañeros guardaban silencio.

Enrique y Roger tal vez anhelaban pedirle perdón, porque sus ojos estaban llenos de esperanza y

alegría; pero no se atrevían, porque el semblante de Montalt era severo y sombrío.

Montalt meditaba.

—Pobre tío Juan, se decía. Este al menos es siempre el digno corazón de otro tiempo. ¡Oh! no es de él de quien necesito vengarme! pero mi hermano, pero Martal! ¡no se ha atrevido á pronunciar sus nombres delante de mí! ¡Qué loco estoy! ¡ayer hubiera dado mi fortuna por esa carta en que esperaba hallar una palabra de compasión ó de sentimiento, tal vez una palabra de amor! ¡Loco! ¡miserable loco! ¿Ignoro acaso desde hace veinte años que el corazón de una mujer no encierra nada?

—Milor, dijo en este momento Enrique con timidez, mi corazón se negaba á odiaros; durante los felices días que he pasado en Penhoel oía pronunciar vuestro nombre por todas las bocas; antes de conocerlos había aprendido á amarlos.

—Si gustais, caballero, dijo secamente el nabab, podeis dejar en paz á Penhoel.

Roger, que iba á hablar, bajó la cabeza en silencio.

—Estais irritado con nosotros; prosiguió el joven pintor.

Os hemos dado derecho á ello; pero suplicamos al respetable tío de las que amamos que abandone su cólera.

El nabab le miró como distraído.

—No estoy enojado, caballero, dijo; únicamente me enoja y repugna lo que veo aquí.

Y añadió entre dientes:

—¡Pobre mundo! ¡pobre gentel! creo que me voy á volver á la India.

Enrique, á falta de su amigo, quiso insistir; pero el nabab hizo un movimiento de cansancio, recostándose muellemente en el cojín del carruaje.

No se habló mas durante el camino.

El carruaje del nabab llegó primero delante del palacio. El fiacre que conducía á Vicente y al tío Juan se habían quedado un poco detrás.

Las ventanas de la alcoba tenían, como ya lo hemos dicho, cerradas las maderas. La estancia estaba solo alumbrada por la luz de una lámpara. En el momento en que Montalt abrió la puerta, sus ojos, habituados á la luz del día, pudieron distinguir los objetos á duras penas. Vió únicamente una escena confusa, dos jóvenes tendidas en el suelo, y tres hombres á quienes su súbita presencia parecía llenar de estupor.

Elena y Diana se levantaron arrojando un grito de alegría, y se lanzaron á su cuello.

Uno de los tres hombres, aprovechándose de ese momento, recogió la caja de sándalo, que permanecía tirada, y se deslizó como una culebra entre la puerta y el nabab, desapareciendo en el corredor.

Enrique y Roger no sabían lo que pasaba en el interior de la estancia, por lo que no pensaron en detenerlo.

—¡Padre! decían las dos jóvenes. ¡Nuestro buen padre! Dios nos lo envía. ¡Oh! mucho hemos llo-

rado esta noche, porque temíamos no volverlo á ver mas.

Roger estrechó la mano de Enrique.

—Le llaman padre, murmuró. ¿Si saben lo que hemos hecho nos perdonarán?

Los lábios de Montalt habian rozado la frente, pálida aún, de las niñas.

—¿Qué significa todo esto? exclamó sin conmoverse.

—¡Oh padre! exclamó Diana; esos hombres, que tantas veces han querido asesinarlos, han venido á robaros vuestro tesoro.

Montalt miró con atencion.

—Me parece que antes eran tres, dijo.

Diana y Elena se volvieron.

Solo estaban allí Blas y Bibandier, que procuraban ocultarse al otro extremo de la habitacion. Los dos jóvenes se lanzaron hácia la ventana y abrieron las maderas, y los rayos del sol inundaron la estancia.

—¿Ha huido? dijo Diana, cuya penetrante mirada reconocia todos los rincones de la habitacion.

—Con los diamantes, añadió Elena.

—¡El señor baron de Bibandier! murmuró Montalt mirando á nuestros dos caballeros aterrados. ¡El señor conde de Monteiro venir aquí para robarmel! ¿Quién era el otro?

Antes que hubieran podido responder se levantó un vago rumor en los corredores, que fué acercán-

dose por momentos, dejándose oír la voz del tío Juan, demudada por la cólera.

Decia:

—A pesar de tu disfraz te reconozco, como he reconocido tu letra en esa pérfida carta que ha armado mi mano contra mi sobrino Luis. ¡Tú eres el ángel malo de nuestra familia!

En ese momento llegaba delante de la puerta arrastrando al caballero de Las Matas, á quien tenia sujeto por el cuello de la levita.

Y con un movimiento vigoroso lo empujó al centro de la habitacion, diciendo:

—Voy á espachurrarte, vivora.

Roberto estaba lívido.

Temblaba.

Cada vez que intentaba levantar la vista veia en torno suyo el círculo de sus acusadores.

Elena y Diana estaban en los brazos del tío Juan; pero sus miradas se volvian llenas de ternura hácia el nabab, porque estaba realizada su esperanza.

Aquel pensamiento que habian acogido con tanta desconfianza á pesar de la predisposicion romancesca de su naturaleza, era una realidad.

Las últimas palabras del tío Juan hacian desaparecer sus dudas.

Su buen génio se llamaba Luis de Penhoel.

Aparentaban no ver á Enrique y Roger, que buscaban sus miradas.

Estos estaban cerca de Roberto, y con ellos el tío Juan, Vicente y las dos pobres niñas.

Todos los que el Americano había robado ó vendido, á escepcion de Marta de Penhoel.

—Luis, dijo el tío Juan, este hombre es la causa de que los Pontalés manden en la casa de tu padre.

La fisonomía del nabab sufrió una ligera contracción, pero permaneció fuera del círculo.

—Nuestro padre, dijo Diana, porque también le llamamos padre, añadió dirigiéndose á Juan de Penhoel, sobre quien parecieron causar estas palabras una extraña emoción, nuestro padre no ignora nada de cuanto ha pasado en el castillo; ha oído á ese hombre referir él mismo sus infames hazañas.

Blas y Bibandier, como puede conocerse, tenían los mayores deseos de huir; pero en el dintel de la puerta veían entonces las negras cabezas de Seid y de su compañero.

—Lo que milord no puede saber, dijo Enrique, es que este hombre, en quien reconocemos el fatal huésped de Penhoel, es la única causa de nuestra loca ira y de nuestro error. El es quien hizo nacer nuestras sospechas, él quien nos facilitó la entrada en la casa de juego donde ayer os hablamos.

—El quien me ha llevado de la mano hasta vos, añadió Vicente.

—El quien ha pagado á Nawu para que envenenara á las señoritas, pronunció detrás de la puerta la voz gutural de Seid.

—El quien lo ha hecho todo, añadió el tío Juan, cuya mano se estendió sobre la cabeza de Roberto,

nuestra desgracia y nuestra ruina. Sobrino mío, es forzoso que sea castigado ese hombre.

El nabab no había pronunciado una palabra desde la entrada de Roberto. Su cabeza estaba inclinada sobre el pecho; parecía no escuchar.

En ese momento se adelantó hacia el Americano, y el círculo se abrió para darle paso.

Todos se preguntaban lo que iba á hacer, porque en su palacio era rey, siendo obedecidas sus órdenes ciegamente.

Sabíase que su única regla era su capricho, y que la ley común no tenía freno para su voluntad.

Puso su mano sobre el hombro de Roberto, que se estremeció á ese contacto, como si un peso terrible gravitase de pronto sobre él.

Montalt se inclinó hacia él: tal era el terror de Roberto, que sentía perder el aliento.

—Señor caballero de Las Matas, dijo Montalt con tono dulce y casi cariñoso, lo que estas gentes afirman me importa poco. Estais en mi casa bajo mi protección, y no se os causará el menor daño.

En la estancia hubo un murmullo de estupor.

El mismo Roberto se negaba á dar crédito á sus oídos.

Presentó á Montalt la caja de sándalo, murmurando:

—Milord, estoy á merced de vuestra generosidad.

Montalt tomó los diamantes y su boca se acercó al oído de Roberto.

—Señor caballero de Las Matas, le dijo, si que-

reis, creeré que habeis venido á mi casa para responder á mis repetidos mensajes.

El Americano se irguió repentinamente; osó mirar á Montalt de frente, desvaneciéndose su terror como por encanto.

Montalt tenia los ojos bajos.

—¿Me traeis la carta? dijo.

—Milord, replicó Roberto, que creia haber recobrado toda su ventaja, nada puedo negar á vuestra generosidad; pero la carta....

—Si la habeis dejado en vuestra casa, replicó Montalt, dad una órden y la tendremos dentro de cinco minutos.

—Es que....

Las cejas de Montalt se arquearon ligeramente.

—¿La teneis ó no? murmuró sin perder aún su acento de cortesía.

Y como Roberto vacilase, le oprimió el hombro repentinamente con una fuerza que le hizo retroceder y palidecer.

—Estoy seguro de que la teneis, prosiguió Montalt. ¿Quereis dárme la, caballero? ahora mismo, ó tendré que hacerlos morir á palos!

—¡Milord! replicó Roberto asustado.

Bibandier y Bias temblaban como la hoja en el árbol.

—Seid, dijo tranquilamente Montalt.

El negro entró en la habitación.

Roberto abrió su levita con precaución y sacó de su bolsillo una cartera.

—Si os la doy, dijo Roberto, ¿me dejareis partir sano y salvo?

—¿Y nosotros con él? balbucearon á la vez Blas y Bibandier.

Montalt fijaba sobre la cartera una mirada ávida; temblaba su mano convulsivamente y deteníase la respiracion en la garganta. Hizo un movimiento de cabeza afirmativo, como si no hubiera podido responder á sus palabras.

La carta salió á medias de la cartera de Roberto.

Montalt se apoderó de ella.

—¡Salid! dijo.

Nuestros tres caballeros se lanzaron á la puerta, desapareciendo como por milagro.

Nadie habia osado impedirles el paso.

El nabab estaba en medio de la estancia teniendo en la mano la carta abierta; pero no podia leer, porque ante sus ojos habia un tupido velo.

Todas las miradas estaban fijas en él, reinando en la asamblea un silencio profundo.

Al cabo de algunos minutos dejaron correr gruesas lágrimas de alegría los ojos de Montalt.

Vaciló y cayó de rodillas.

—¡Era ella! murmuró sonriendo como un niño bajo sus lágrimas; ¡me amaba! ¡Oh Dios mio! ¡qué corazón me habeis dado! ¡Lo habia adivinado, casi lo sabia! ¡Y me obstinaba en no creerlo! Me complacia en aborrecer y maldecir.

Juan de Penhoel y las dos niñas se le acercaron. Se levantó, estrechando contra su pecho al anciano.

—¡Padre mío! exclamó, os amaba mucho, y el recuerdo de vuestra ingratitud me volvía loco.

—¡Nuestra ingratitud! repitió el tío Juan; ni una sola vez durante veinte años se han elevado á Dios nuestras plegarias sin que le habláramos de tí, hijo mío.

Montalt lo estrechó contra su corazón, dando sus manos á las dos niñas, que las cubrieron de besos.

—Lo creo, prosiguió; soy feliz como no creí poderlo ser nunca sobre la tierra. Marta, ¡oh Marta!

Enrique y Roger no comprendían tal vez todos los detalles de aquella escena, pero se sentían profundamente conmovidos. Solo Vicente permanecía sombrío y libre de la emoción general.

No tenía más que un pensamiento, Blanca, Blanca, de la que nadie hablaba, y que seguía perdida.

Repentinamente se separó Montalt del triple lazo que lo sujetaba y dió un paso atrás.

El carmin que cubría sus mejillas dió paso á una palidez mortal.

—¡Oh! balbuceó estremeciéndose; he meditado esto durante todo un día. Dios me castigará por tan horrible idea. Este duelo. . . . .

—¡Hijo mío! interrumpió el tío Juan, tú me creías culpable y me querías matar.

—Quería vengarme, replicó Montalt, pero vengarme más cruelmente todavía. Quería entregar

mi pecho á tu espada y decirte mi nombre al caer herido de muerte.

El tío Juan se cubrió el rostro con las manos; tenía helada la sangre en las venas.

El silencio reinó en torno de Montalt.

Vicente se aprovechó de este momento, adelantándose hasta el centro de la estancia.

—¿Nadie pronuncia aquí el nombre de Blanca de Penhoel? preguntó.

Elena y Diana, á quien Vicente al entrar dió un frío beso, le cogieron de la mano, arrastrándolo hácia la puerta que comunicaba con el interior del palacio.

Mientras se alejaban, las seguía Montalt con entristecida mirada.

—¡Dios es justo! murmuró; padre mío, tu buena y noble conducta tiene una brillante corona. ¡En nombre de tus hijas te pido perdón!

El tío Juan se acercó como para abrazarle y pronunció á su oído algunas palabras.

Montalt retrocedió, llevándose las dos manos al pecho como si hubiera experimentado un choque terrible. Era la felicidad que le anonadaba.

Una expresión de estática ventura se extendió por su hermoso rostro.

—¡Yo, yo! murmuró; ¿me habrá reservado Dios tanta felicidad? ¡Diana! ¡Elena! ¡las dos hijas de mi corazón! los dos ángeles que encantaban mi agonía. ¡Pardiez! añadió con esa risa franca que hace asemejar la alegría del alma á un ímpetu de

placer. ¡Pardiez! acercaos, mis jóvenes camaradas. Razon teniais para estar celosos de mí, porque estoy seguro de que las quiero mas que vosotros! Enrique, vuestra mano; sois un buen muchacho. La vuestra, Roger, aunque seais por demás impetuoso.

Los dos jóvenes no se lo hicieron repetir.

—Enrique, replicó Montalt, empañando su alegría una nube de melancolía, serás el marido de la bella Diana y Roger obtendrá mi dulce Elena. Señores, que sean felices... ó nos volveremos á batir.

—Por nuestro honor, replicaron los dos jóvenes estrechando sus manos, os juramos que no nos batiremos mas, milord.....

Todos los personajes que hemos dejado en la habitacion del nabab estaban reunidos en torno del lecho de Blanca.

Habia un velo de severa tristeza en las hermosas facciones del tio Juan, cuya mirada se deslizaba furtivamente á intervalos hácia la cuna donde dormía el niño. Reinaba allí una especie de retraimiento, y solo Montalt habia conservado su alegría.

No era el estado de la jóven enferma el que podia explicar esa inquietud ó tristeza; al contrario, Blanca habia recobrado sus delicados colores, y su hermoso rostro sonreía dulcemente como si la presencia de los que amaba la hubiera curado súbitamente.

El nabab no podia menos de sonreir, mirando á Vicente á hurtadillas.

—Sobrino mio, dijo, ya veis que razonablemente no podia contestar á vuestras preguntas, á pesar de la insistencia que poniais en formularlas. Estas dos niñas eran segun parece mas dueñas de mi palacio que yo mismo. Sin saberlo habia dado hospitalidad á nuestra querida Blanca.

—Tio, dijo Vicente ruborizándose, os pido perdón.

—Hijo mio, hay aquí de una y otra parte tantas cosas que perdonar, que se embrollan las cuentas si no proclamamos una amnistía general.

Se acercó al tio Juan.

—Oid, mi querido y anciano amigo, le dijo en voz baja. En vez de fruncir el entrecejo, procurad mas bien sonreir, porque si perdeis vuestras dos hijas encontráis uno en esa cuna.

—¡El honor de Penhoel! murmuró el anciano.

—El honor de Penhoel importa á Penhoel, replicó alegremente Montalt. Cuando se ha viajado mucho se saben muchas historias.

Yo he aprendido una muy linda á bordo de cierto buque inglés, llamado *El Erebo*. ¿Quereis que os la cuente, sobrino mio?

Vicente, sonrojado, se puso de rodillas junto al lecho de Blanca y llevó la mano de la jóven á sus lábios.

—Ahora que como yo es pobre, dijo con grave

emocion, puedo confesar que la amo y prometo ante Dios ser su marido.

—No tal, pardiez, sobrino mio, dijo Montalt; es rica y tambien tú, sobrino mio. Estas niñas tienen en el bolsillo con que comprar á Penhoel, y el resto que poseo es vuestro, hijos mios.

—¡Penhoell repitió Diana; para llegar á Bretaña necesitamos tres dias, y dentro de ese término espira el plazo.

—Tenemos tiempo, replicó el nabab. Haz enganchar, Vicente. Ahora lo primero que necesitamos es encontrar á Marta y á mi hermano.... Para ello volveré á ver á nuestros tres bribones, llevándoles argumentos irresistibles. Venid conmigo.

Enrique y Roger besaron dos lindas manos que no se les disputaron mas que á medias, y siguieron al nabab, que subió en un carruaje acompañado del tío Juan.

Los caballos marcharon al galope hasta la fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

Pero cuando Montalt preguntó por el caballero de Las Matas, se le respondió que ese noble personaje y sus dos compañeros habian partido hacia media hora para no volver.

XV.

## MESA REDONDA.

El duelo de la puerta de Orleans habia tenido lugar el miércoles: es sábado por la noche.

La principal posada de Redon, *el Carnero Coronado*, que ya no tenia por dueño al pobre maese Gerand, antiguo cocinero de larga carrera, hacia hoy notables preparativos.

A la hora de comer habia dispuestas dos buenas mesas redondas, la una compuesta de tragineros reneses de Salier, de Guerende y de las cercanías, la otra ilustrada por la presencia de la *sociedad* de aldeas vecinas, que iba para la solemnidad del dia siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
19do. 1625 MONTERREY, MEXICO